

Antes y después del Hubble

El escritor y ensayista francés Roland Barthes en 1979 en París. (Fotografía: Ulf Andersen/Getty Images)

Centenario de Roland Barthes

Ramón Castillo

POCOS DÍAS ANTES DE MORIR, Roland Barthes escribió un texto luminoso y sensible dirigido a uno de los cineastas que más admiraba. En aquella carta, que era la confesión no sólo de un profundo respeto en términos intelectuales y creativos, sino también una toma de postura ante el arrebató artístico; el pensador francés evocaba una virtud esencial a todo creador: la fragilidad.

En aquellas palabras dirigidas a Michelangelo Antonioni con motivo de la entrega del premio más importante que otorga la ciudad de Bolonia, *L'Archiginnasio d'oro*, Barthes condensó esa inasible pero constante precariedad que acompaña en su deambular a todo ser humano y, en grado superlativo, al artista. La fragilidad es algo evidente, simple hasta convertirse en pasmo y, pese a ello, la olvidamos de manera frecuente, negándola mediante rodeos inverosímiles. En otras palabras, buscamos evadir el hecho de que el “desvanecimiento es algo posible”.

Sin embargo, las maquinarias del pensar y el sentir tienen como una de sus facultades más poderosas traer de vuelta ante nosotros esa verdad. Y si bien, como apunta el escritor galo, tal condición es inherente al ejercicio creativo; por otro lado, la evidencia íntima nos dice que no es posible circunscribirla únicamente a dicho campo. Todos, en distintas gradaciones y en inesperados momentos, somos susceptibles de toparnos con los abatimientos y fisuras de mirar con demasiada fijeza al mundo.

La fragilidad es una ruta de dos vías: el punto desde donde se afianza nuestra finitud, así como la alternativa de trascender esa barrera física. Bordear tal abatimiento es, pues, un acto lumínico, en tanto nos hace más conscientes de lo que somos y, especialmente, de lo que nunca podremos llegar a ser. De esta manera, se convierte en liberación. A través de ella se cuele el eco, lejano y brumoso, de una escapatoria. Su naturaleza es ser un aliento, el respiro sofocado pero todavía intenso de quien se aferra a la vida.

A treinta años de que un accidente hiciera efectiva esa posibilidad de disolución, la potencia de las palabras de Barthes nos invitan con fiereza a la reescritura, eminente acto creativo, de nuestra existencia a la luz de un final siempre acechante. Ante lo catastrófica que puede ser cada tragedia cotidiana, es fundamental enfatizar también esa otra forma de la fragilidad, imponer la duda y el asombro ante los otros.

Aquel guiño trágico y ridículo que le quitó la vida —lo atropelló una camioneta de una tintorería, justo afuera de la Sorbonne—, “la violencia boba de las cosas” diría Foucault al recordarlo, si bien enfatiza la necesidad de recordar una obra retardadora y estimulante, original y sugestiva; todavía con mayor intensidad es una invitación a reconocer el sesgo profundamente amoroso de su entrega al pensamiento.

Así como lo constataba en el texto *Querido Antonioni...*, esa magnitud vibrante trasluce por igual en sus *Diez razones para escribir*. Ahí, coloca en primer lugar al placer y al encanto erótico como impulsos para “producir una diferencia”. Este latido

se escucha en los primeros volúmenes que Barthes entrega a sus lectores, pero será más adelante cuando, sin menoscabar su obra previa, realmente se aventure como un escritor en el que ha madurado la conjugación total de los verbos que el intelecto y la sensibilidad movilizan.

Mediante la escritura, no sólo se desestabiliza el habla, también al individuo —nos recuerda Barthes—; se escribe para buscar sentidos y maneras nuevas de apoderarse de las cosas, en definitiva, para eludir las causas rígidas, las finalidades monótonas. Escribir es pensar y sentir distinto.

La escritura erotiza, es un requiebro, un susurro a media noche. La entrega amorosa es, *per se*, una apuesta por la fragilidad, la confidencia ante aquello que nos vuelve vulnerables y, por tanto, más felices. Desde ahí se mira con otros ojos, se distiende el correr del tiempo y se frecuenta, con júbilo, la ansiedad loca que sólo la pasión es capaz de encender. Por eso el placer es creativo, pues despierta la dimensión sensual del intelecto, el cuerpo cambia a su paso, se transmuta a la luz de sus efluvios.

Desde otro ángulo, tanto el arrebatado voluptuoso como la cualidad endeble de nuestro ser, despiertan una suerte de duda profunda que allana todo espacio. Se complementan y potencian; bajo su influjo nos abrimos para derramarnos en sentidos diversos y fomentar un encuentro con el mundo y con los otros, con formas distintas de leer e interpretar la realidad.

Mediante la aventura creativa hallamos tanto la fragilidad como la fuerza propia de las personas, sujetos en perenne desequilibrio que, no obstante, encuentran en este punto la auténtica riqueza de contemplar un panorama abierto, una página en blanco que habremos de saturar con los sentidos que nos sea dable. Cada vida es un texto, cada texto una posibilidad.

Pero también, este ejercicio demanda lo que muchos no quieren dar, pues pone en entredicho nuestra consistencia al grado que, incluso, la vacía, a fin de dar paso a una callada revelación. Esa es su virtud, su mayor potencia. Acaso por tal razón, Barthes apostara por el goce, extravagante y esforzado, de buscar tentativas que lindaran con los márgenes, poner en entredicho lo acostumbrado, desarticular lo que se suele abrazar como evidente con el propósito de demostrar que todo es un empalme, ora sospechoso, ora ingenuo, pero nunca impasible.

La escritura, apunta en *El imperio de los signos*, es a su manera un *satori*, la iluminación Zen, una vía luminosa que hace temblar todo conocimiento y toda palabra, un paso hacia a una escritura-vivencia que se esparce por jardines, gestos, habitaciones y rostros. Libros como el mencionado son una tentativa de intercambiar significados, de hacer que mediante los lazos entre imagen y grafía se consoliden rutas desconocidas, amores insospechados y mudos temblores. La pluma se arraiga de esta manera como una extensión más de la epidermis y la mirada se vuelve un

conducto para descubrir rutas que cristalicen la fragilidad del mundo en el que nos inscribimos.

En esa búsqueda, el imperativo consiste en eludir estereotipos, tal vez como una forma de alcanzar una cierta catarsis, la eliminación de aspectos superfluos, pero también, posiblemente, una soterrada pesquisa para esbozar la dimensión evanescente y caprichosa delineada por el yo. Somos un álbum de imágenes en movimiento, un filme ambiguo, polisémico y encantador.

Cuando presenta *Roland Barthes por Roland Barthes*, el autor reconoce un placer egoísta, intransmisible, aunque abierto e inscrito en un contorno que lo diluye; un ensamblaje sometido al arbitrio de la lectura. Reconoce, antes que nada, que en esas páginas no se ofrece, aunque así parezca, su propia vida. El libro es un ejercicio en el que confirma que la biografía se reduce al momento en el que se construyeron las imágenes y discursos que habrán de despojarnos de todo tiempo y, a la vez, la entrada a ese territorio extraño e indefinible que es la creación de uno mismo.

“Las palabras confunden, intimidan, hacen sufrir —afirma—, desencadenan procesos afectivos y traumáticos infinitos”, es decir, ellas son uno de los medios más idóneos para crear e imaginar, pero también, desde una esquina contraria, para decirnos lo que nos vuelve turbulentos e insospechados, azarosos y también falibles. La fragilidad propia de nuestro ser vive como núcleo de todo lenguaje, de ahí que nadie sea ajeno a dicha condición, al desgarró esencial que significa descubrir sus bordes, experimentar que la palabra nos traiciona cuando queremos articular las explosiones y revueltas amorosas. Y, aun así, esa falta se convierte en la posibilidad de lo que realmente es posible decir. Gracias a esta carencia podemos hablar un idioma distinto dentro de un mundo plagado de convenciones, dejar que las voces concurren en un concierto un tanto cacofónico, sin duda, pero a ratos, igualmente portentoso y liberador.

Bajo esta perspectiva, cuando se leen aquellas palabras que escribió antes de morir, uno no percibe un tono melancólico y derrotado, Barthes prefería pensar en esos vacíos como aperturas, invitaciones a pasar y a perderse. La carta a Antonioni no es otra cosa que una profesión de amor, de cariño admirado, de auténtico reconocimiento creativo y, por supuesto, la voz de su propia mirada.

En la fragilidad que enumera, en el desvarío erótico que constantemente busca mediante las palabras, de la lectura, de la aventura intelectual, hay una marcha decidida hacia la construcción de un género literario y vivencial nuevo, amorfo, todavía por venir que él mismo delineaba al decir que el ensayo tendría que volverse más como una novela, pero una novela sin personajes. Lo que él trazó fue una vereda para construir una escritura que albergara, en su polifonía, la diferencia radical que diese sentido al texto mismo de la vida. ■■■